

Fragmento Extractado de la Versión Tapa Duda de Lujo

Fragmentos de la Obra — Lectura de Cortesía

Has abierto un umbral, no un libro.

Estas páginas son apenas la antesala de un viaje que atraviesa siglos, lenguas y memorias selladas.

Los capítulos que siguen no buscan explicarte nada, sino invitarte a recordar algo que quizá ya sabías antes de leerlo.

Aquí comienza el rumor de un manuscrito imposible, el eco de un escriba que nunca murió y la respiración de un conocimiento que insiste en despertar.

Si al cerrar estas páginas sientes que el silencio te observa... no temas.

Solo significa que el código ha reconocido tu mirada.

Bienvenido al primer latido de El Sepulcro del Escriba.

Lo que aquí lees no es el inicio, sino un reencuentro.



Dos caminos se cruzan en estas páginas: uno visible, otro soñado.

Ambos recorren, paralelamente, el mismo umbral.

Copia de cortesía – VISITAME - <https://sugerea.net/venta-libros/>

El Sepulcro del Escriba: Crónicas de un Libro Maldito

Libro Primero: El Eco del Manuscrito – El Portador

Capítulo I

El Silencio de los Candelabros



Cuando la muerte toma la pluma del escritor, la tinta de sus palabras no se seca, sino que se sumerge en la eternidad. Aquello que fue escrito en sombras, volverá a escribirse en carne.

Primer Cántico: Oda del Destino

¿Crees que la muerte es un final? No, ingenuo viajero...

La muerte es solo el eco de un nacimiento olvidado.

Los hilos del tiempo no corren en línea recta, sino que se enroscan como la serpiente que devora su propia cola. Tú, que abres estas páginas, no eres el primero ni serás el último en buscar respuestas. Pero dime... ¿cuánto estás dispuesto a dar o perder por conocer la verdad?

A través de las eras, he visto a los hombres consumirse: buscando, escribiendo, olvidando.

He sido testigo de cómo la tinta los convierte en ceniza, y de cómo sus nombres se desvanecen en los márgenes del olvido.

Pero este manuscrito... no es un libro cualquiera.

Arderá en las llamas del tiempo, se dispersará en las sombras del pasado...

Y, aun así, renacerá.

Como el Ave Fénix, elevará sus palabras de entre las cenizas, porque hay historias que jamás pueden ser silenciadas.

Entre sus páginas yace un eco, un susurro que solo los dignos pueden escuchar.

Una historia que nunca termina.

Una verdad que se esconde en cada símbolo, en cada trazo.

Adelante. Viaja conmigo.

El espejo del tiempo se inclina hacia las profundidades del pasado que está a punto de abrirse.

— Othar el Eterno

Donde la muerte no es final, sino solo una puerta. Donde un libro, en lugar de cerrarse, comienza a susurrar.

Hay libros que no fueron escritos para ser leídos, sino para ser despertados. Y hay muertos que no fueron enterrados, sino sellados con una historia aún inconclusa.

— Fragmento apócrifo del Codex Obscura



La habitación se hallaba sumida en una penumbra mortecina, donde la oscilante luz de los candelabros ennegrecidos titilaba con un resplandor incierto. Las velas, exhalando un último aliento de llama y esparciendo un aroma denso a incienso, dejaban caer la cera derretida en gruesos hilos burbujeantes sobre los dinteles de sus bases, como si el tiempo mismo se consumiera en aquel silencio espectral.

Dispuestos en círculo, como guardianes de un saber olvidado, los candelabros sellaban un pacto con las sombras y el silencio. Sus luces trémulas parecían resguardar secretos que el tiempo no había logrado borrar, mientras la geometría de las sombras en el salón otorgaba a la escena un aura de ceremonia ritualística, una vigilia que trascendía la muerte.

En el fondo de la lúgubre funeraria, reposaba un ataúd de madera oscura, cuyas vetas gastadas por los años hablaban de incontables silencios. Su tapa, entreabierta, revelaba el rostro de un difunto: pálido, inmóvil, como si aguardara el momento de despertar de su sueño eterno.

El hombre que yacía frío. Era Michał Wojnicz, o como lo conoció el mundo: Wilfrid Michael Voynich. Sus facciones estaban marcadas por el misterio de una última revelación. Su piel, pálida como pergamino antiguo, aún parecía guardar el rastro de la sabiduría —y de la enfermedad— que lo había consumido: el cáncer de pulmón que lo condujo hasta la muerte aquel diez y nueve de marzo de mil novecientos treinta, en Nueva York.

Los labios, apenas entreabiertos, parecían susurrar un secreto que se perdería con su cuerpo descompuesto en la tierra. Su frente, surcada de arrugas, narraba las incontables noches en vela, descifrando lo indescifrable. Sus manos, rígidas en un último gesto, sostenían un libro de páginas gastadas: un códice ancestral cuyo significado se había desvanecido en el tiempo.

Nacido el treinta y uno de octubre de mil ochocientos sesenta y cinco en Telšiai, Imperio ruso, Michał Wojnicz fue mucho más que un simple anticuario.

Educado en el gymnase de Šiauliai y en la Vilna Realschule, su formación como químico y farmacéutico lo llevó por caminos insospechados. Pero su destino cambió el día en que sus manos tocaron aquel manuscrito imposible.

Era un hombre de dos mundos, de dos nombres y dos patrias: polaco de nacimiento, británico por elección. Junto a su esposa, Ethel Lilian Boole, compartió una vida de enigmas y búsquedas incansables. Sin embargo, de todos los libros que pasaron por sus manos, solo uno se convirtió en su obsesión: aquel códice sin autor, sin lengua conocida, sin historia documentada... pero con un propósito oculto.

El misterio que Wilfrid Michael Voynich intentó desentrañar en vida, ahora lo acompañaba en la muerte.

Más allá del ataúd, en el salón principal de la funeraria, la monotonía de la muerte impregnaba cada rincón. Los asistentes curiosos y meditabundos, esparcidos en lugares estratégicos del salón, parecían no querer perder de vista el códice. Entre familiares, amigos y clientes, las voces se apagaban en murmullos cautelosos, como ecos de un lamento antiguo. Algunos mantenían la mirada baja, atrapados en la solemnidad del momento; otros se refugiaban en pensamientos insondables, perdidos en el laberinto del recuerdo, o pronunciaban palabras de pésame a los familiares que velaban el cuerpo.

Era un libro que no debía estar en un funeral. Y, sin embargo, allí estaba: aferrado al difunto como un último recurso, aguardando su momento para hablar desde el silencio.

Las sombras de los candelabros, alineados junto al féretro, danzaban en las paredes ajadas al compás de las llamas. Las figuras fantasmagóricas se alargaban y encogían, fusionándose con los cuadros alegóricos que adornaban la estancia: pinturas febriles donde la muerte se entretejía con lo divino en una espiral de desenfreno.

Pero entre todo lo que se veía y se insinuaba en ese ceremonial, una certeza flotaba en el aire: nadie quería apartar la mirada del ajado códice.

Estaba allí, junto al cuerpo inerte, rabiosamente adherido a él, como si la muerte misma lo hubiera reclamado. Algunos se preguntaban quién lo había colocado allí. Otros, por qué parecía tan fuera de lugar... y, al mismo tiempo, tan inevitable.

Desde las alturas de las vigas ocultas, algunos búhos y cuervos —que se habían deslizado por una ventana entreabierta— ululaban y graznaban con un tono casi ceremonial, reclamando su sitio en el ritual. Sus voces desgarraban el silencio con un cántico funesto pero apagado, como si fueran heraldos de un destino ya escrito por el torbellino irrefrenable del tiempo. Quizás ellos, más que nadie, recordaban desde lo profundo de su ser el largo y tortuoso camino que aquel insondable libro había recorrido a través de los siglos para llegar hasta allí.

Afuera, el bullicio asfixiante de la ciudad contrastaba con la pesadez del ambiente en la funeraria. El traqueteo del tranvía resonaba entre los edificios, sus ruedas lanzando rabiosas chispas al contacto con la vía, como si intentaran competir con el sol agonizante del atardecer. Los autos rugían sobre el empedrado, haciendo sonar estrepitosamente sus cláxones en un caótico carnaval de indiferencia, ajeno al rito que se consumaba en el interior del lúgubre salón.

Un remolino desproporcionado de transeúntes se movía sin detenerse, sumido en la inercia de la rutina, sin advertir que, detrás de aquellas paredes, la muerte había tendido su velo.

En la esquina de la calle, una pareja se juraba amor eterno bajo la luz vacilante de un farol, susurrando promesas que el tiempo, traidor, tal vez desdibujaría. No muy lejos, las risas infantiles rompían la tenue monotonía, como un eco lejano de inocencia: niños jugando en el parque alledaño, riendo con la despreocupación de quienes aún no han sentido el peso del destino.

Los pregoneros anunciaban los diarios, su letanía marcando el declive del día; sus voces se apagaban en la distancia mientras el viento denso y húmedo arrastraba consigo el aroma penetrante del incienso, el humo, el carbón y el polvo viejo. El aire, saturado de historia y tránsito incesante, vibraba con la cadencia de siglos superpuestos, como si todo lo ocurrido en aquella ciudad se repitiera eternamente en un bucle invisible.

Era un funeral como cualquier otro. Y, sin embargo... no lo era.

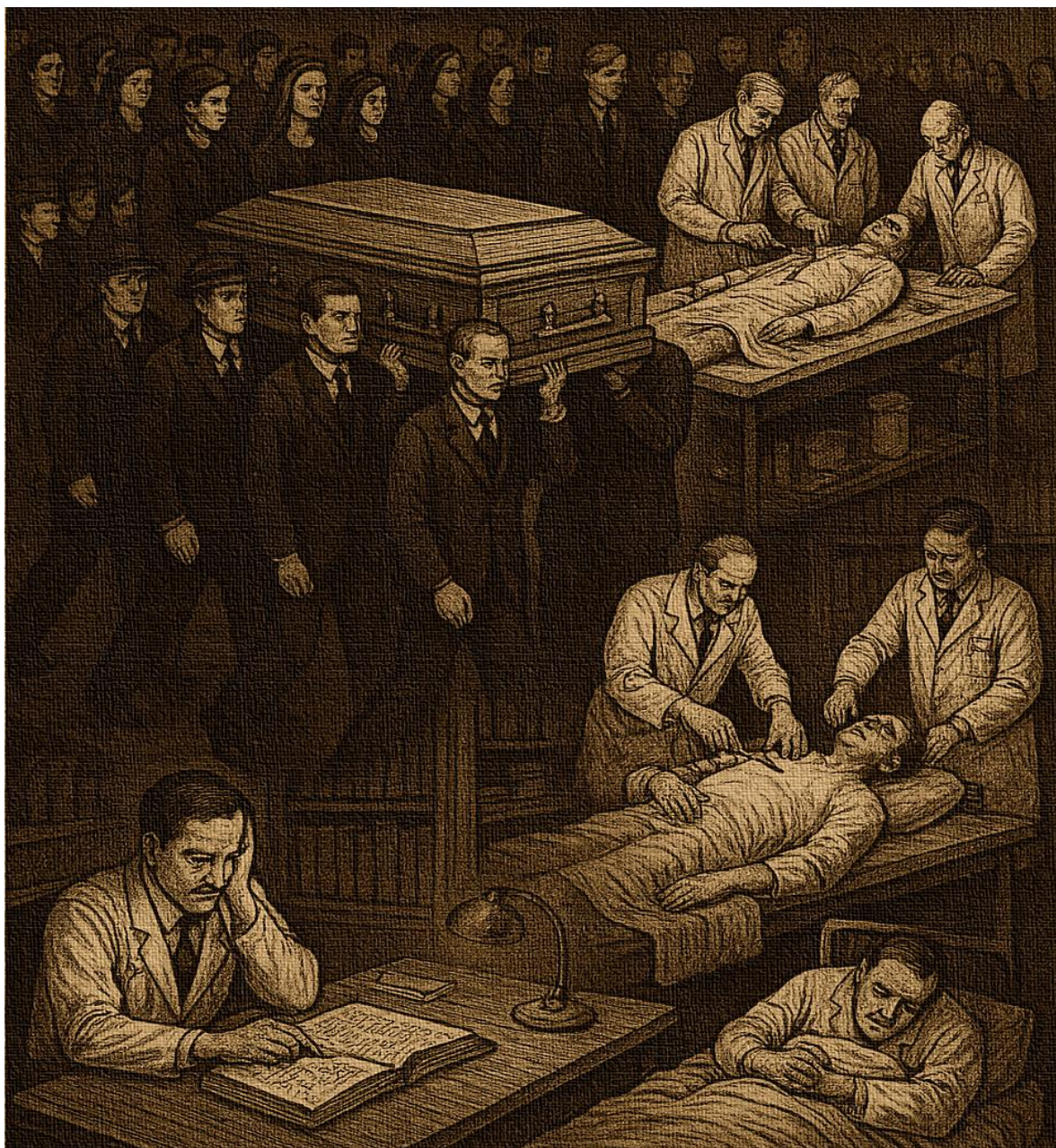
Algo en la quietud del cadáver, en la inquietante presencia del libro, en la disposición exacta de los candelabros, revelaba que la historia aún no había terminado. No era el fin.

El ambiente estaba envuelto en la agonía de un atardecer cuya luz moribunda se deslizaba entre las nubes, ocultándose con desgana, como si la propia naturaleza se rehusara a ser testigo de lo que estaba por acontecer.

Tal vez la verdadera pregunta no sea si esta historia termina aquí... sino si, apenas ahora, está comenzando.

Capítulo II

El Cuerpo que Nunca Murió



El tiempo no siempre avanza en una sola dirección. A veces, los ecos del pasado regresan como sombras inversas, y la muerte no es un punto final, sino una pausa en la espiral infinita del destino.

Segundo Cántico: El Nacimiento en la Muerte

Toda transformación es una despedida,
pero no todas las despedidas son un final...

Observa cómo las alas de la mariposa se repliegan,
cómo su esplendor se deshace en crisálida,
cómo el tiempo la obliga a volver al capullo,
hasta ser de nuevo un simple huevo.

Nada desaparece.
Todo retorna.

Los muertos no descansan.
No porque deseen caminar entre los vivos,
sino porque la historia aún no los ha liberado.

El cadáver no yace en su ataúd:
su carne aún recuerda el calor de la vida,
su espíritu aún se aferra a un instante anterior.

Hoy, las sombras devuelven lo que creíamos perdido.
Hoy, el viaje se despliega en sentido inverso.

Pero dime, viajero...
Si la mariposa vuelve a ser huevo,
¿cuál será su verdadero destino?

¿Crees que la muerte es un final?
No, ingenuo viajero...
La muerte es solo el eco de un nacimiento olvidado.

El tiempo, como el aliento de los dioses,
no avanza ni retrocede:
se repliega,
se dobla sobre sí mismo,
se consume en su propio reflejo.

Mira con atención...
Los muertos caminan de nuevo.

Sus cuerpos no son más que palabras
escritas en un pergamino antiguo,
listas para ser leídas otra vez.

He visto a los caídos levantarse,
a los profetas perder la voz,
a los sabios olvidar lo aprendido.

Todo lo que nace ya ha muerto antes.
Todo lo que muere renace en la memoria del universo.

Hoy, las sombras devuelven lo que se creía perdido.
Hoy, el cadáver se alza de su lecho de madera
y regresa a un instante previo.

El tiempo no avanza.
Se pliega.
No sigue un curso,
sino que se retuerce sobre sí mismo.

Hoy, lo que fue dejado atrás regresa.
Lo que se perdió, vuelve a nacer.

Pero dime, viajero...
Si la muerte nunca llegó,
¿qué destino le espera a aquel que no debió partir?

— *Othar el Eterno*

Donde la muerte se repliega, el tiempo se disuelve... y el alma se asoma a su propio origen

Hay cadáveres que no yacen. Hay historias que se resisten a morir.

 Los ceremoniosos portadores del féretro, que hasta hace un instante avanzaban quedamente hacia la funeraria, se detuvieron abruptamente. Como si una fuerza invisible los contuviera, dieron un paso atrás, su respiración se entrecortaba por una sensación inexplicable.

El curso inamovible de los acontecimientos había sido desafiado.

Un murmullo mudo, una resistencia intangible, parecía apoderarse del aire mismo. El asombro se reflejaba en los rostros de quienes sostenían el féretro, sus manos crispadas sobre las manijas adheridas a la madera oscura. Intentaban avanzar, pero el ritual se negaba a brindar su apoyo, como si la propia muerte no estuviera lista para sellar su pacto. Una atmósfera electrizante recorría el lugar, vibrando como un eco de algo aún por suceder.

La luz de los candelabros, que febrilmente oscilaba, se detuvo de pronto. Como si la propia llama hubiera comprendido lo inevitable, una a una las velas comenzaron a extinguirse, devoradas por una fuerza inmaterial.

La habitación se sumergió en un sopor crepuscular, bañada por los últimos resquicios de luz que filtraban los vitrales cenicientos y sucios del negocio funerario. Afuera, el atardecer agonizaba en tonos ocres y púrpuras, mientras los cirios exhalaban su último suspiro, desvaneciéndose en la penumbra.

Las paredes de la funeraria, otrora testigos de incontables despedidas, comenzaron a destejer rabiosamente su memoria.

Los cuadros alegóricos, las miradas fúnebres de los asistentes, los búhos y cuervos posados en las vigas, los murmullos de duelo... todo empezó a esfumarse en una nada espectral. La habitación misma parecía melancólicamente alejarse de la escena, producto de la pérdida de luz a medida que transcurría el atardecer. Un remolino fantasmal arrastraba consigo el féretro, el ataúd y el aire del ritual, que se desvanecía en la penumbra, como si la misma realidad estuviera despojándose de la muerte.

Lo más asombroso de todo esto era que el bullicio exterior seguía su eterno devenir.

Los tranvías no se detuvieron, los autos continuaban rugiendo sobre el empedrado, la pareja de enamorados seguía sellando su juramento bajo el farol, los niños reían en el parque sin advertir el desvanecimiento de una historia que se estaba reescribiendo en sentido inverso.

El reloj de una destartalada y mustia iglesia cercana marcaba las seis de la tarde, y los segundos seguían cayendo en una incontrolable cascada sin inmutarse, como desafiando el increíble ritual que se desarrollaba.

Asombrosamente, como si el tiempo retrocediera sobre sí mismo sin realmente hacerlo, el cadáver emergió de la caja mortuoria. Su cuerpo, rígido en posición horizontal, flotaba en un recinto embaldosado de piso a techo, donde la luz blanca y severa resaltaba la frialdad de la escena. El cuerpo se acercaba lentamente a la mesa de disección.

El aire despedía un olor acre a formol, impregnando cada resquicio del lugar con su huella inconfundible de preservación y muerte.

Su expresión pétrea e inmóvil, la mandíbula apretada y los párpados cerrados con firmeza manifestaban un extraño estado de conciencia. Sabía que estaba allí. Sabía que seguía muerto. Y, sin embargo, era testigo de su propio viaje al revés.

No entendía el cómo ni el por qué. Pero, de alguna manera inexplicable, sentía que su muerte estaba comenzando a deshacerse, desmadejándose hilo a hilo, como un antiguo pergamino que se reescribe a sí mismo.

Surgiendo de la nada, los médicos forenses y el embalsamador aparecieron, rodeando el cuerpo sin vida de Wilfrid Michael Voynich. La sala de autopsias, con su silencio quirúrgico y su atmósfera de mármol y acero, lo recibió como si el destino mismo lo hubiese vuelto a depositar allí.

Hijo único, nacido un treinta y uno de octubre de mil ochocientos sesenta y cinco en Telšiai, Imperio Ruso, su vida había sido una sucesión de huidas y misterios. Revolucionario, fugitivo, librero de rarezas... y ahora convertido en un enigma en sí mismo.

Y entonces, la escena comenzó a plegarse sobre sí misma, como si la muerte hubiera cambiado de parecer.

Wilfrid, acostado en la mesa de autopsias, sintió cómo las suturas se deshacían como si nunca hubieran existido.

Los médicos, con sus rostros cubiertos por tapabocas, sostenían ansiosos los instrumentos quirúrgicos, listos para abrir su carne. Pero el bisturí, incrustado en su cuerpo, titubeó por una fracción de segundo y, en vez de cortar, cerró la piel, como si la historia misma dudara en continuar. La piel recobró su unidad, los cortes desaparecieron, la sangre evaporada volvió a su cauce. Pero el libro, todavía pegado a su pecho, no mostraba la menor intención de desprenderse.

La imagen cambió de nuevo.

Ya no era un cadáver, sino un hombre al borde de la muerte.

Los látex de los cirujanos lo rodeaban con la urgencia de los vivos, intentando arrancarlo de la frontera final. Un electrocardiograma titilaba erráticamente, la línea entre la vida y la nada palpitando en un último intento de permanencia. Un grito lejano, una voz desconocida lo llamaba desde el otro lado de la realidad.

Y entonces, repentinamente, vio el túnel.

No era un corredor de luz, sino una espiral de sombras.

La experiencia común de quienes bordean la muerte se invertía ante sus ojos. En vez de elevarse, su conciencia descendía. En lugar de alejarse del cuerpo, su esencia flotaba de regreso. Era un descenso pausado, un retorno implacable. Como un recuerdo antiguo que vuelve a nosotros. Como un destino que no puede ser eludido.

Poco a poco, la luz fue difuminándose hasta extinguirse.

Cuando abrió los ojos, una niebla se disipaba lentamente frente a él. Y en el reflejo de un espejo que reposaba en un nicho de su estudio, vio su propio rostro.

Ya no estaba en la sala de autopsias, ni en el hospital que lo acogió...

Ya no era un cadáver.

Por un instante, se encontró elegantemente vestido, sentado frente a su escritorio. Su entorno era cálido, repleto de maderas nobles, estanterías repletas de volúmenes raros y un silencio que parecía contener el aliento del pasado.

Durante un momento, tuvo la certeza de hallarse en su primera librería en Londres, en el número uno de Soho Square, aquel refugio que inauguró en mil ochocientos noventa y ocho entre paredes repletas de secretos encuadernados.

Pero el tiempo —o lo que fuera que ahora lo envolvía— no le concedía el lujo de la certeza.

Podría haber sido mil novecientos cuatro, el año en que obtuvo la ciudadanía británica, dos años después de haber trasladado su librería desde Soho Square a Shaftesbury Avenue.

O tal vez mil novecientos catorce, cuando reubicó su tienda en el elegante ciento setenta y cinco de Piccadilly, rodeado de vitrinas antiguas y techos altos donde la luz descendía como si quisiera leer junto a él los volúmenes sobrios —que en muchas ocasiones había adquirido con avidez— o aquellos de desbordante belleza que, pacientemente, había reunido a lo largo de los años.

Solo al observar sobre el escritorio una fotografía en sepia, enmarcada en bronce, lo comprendió.

Mostraba una imagen del exterior de la librería de Piccadilly, apenas visible entre la bruma del pasado. Allí estaba él, posando de pie junto a la entrada, sombrero en mano, sonriendo como quien aún no ha descubierto su propio destino.

Entonces lo entendió: los años treinta lo envolvían ahora con su aura de revolución intelectual y misterio, un tiempo donde las ideas se forjaban entre la tinta y la incertidumbre.

Pero algo no encajaba.

Un detalle diminuto, casi imperceptible, perturbaba la escena con su silencio inquietante.

Sobre la mesa, el reloj de bronce marcaba las cuatro de la tarde, sus agujas firmes, inamovibles...

Y junto a él, la gacetilla de noticias que cada mañana llegaba puntualmente, impecable, sin rastros de alteración.

Su fecha: veinte de marzo de mi novecientos treinta.



Un día después de su propia muerte, de la cual seguía consciente, a sabiendas de su increíble metamorfosis...

Wilfrid Michael Voynich, hijo único, sentenciado por la medicina a una muerte inexorable por cáncer de pulmón, y célebre comerciante de libros antiguos, sudaba febrilmente mientras sus dedos temblorosos recorrían con avidez las

esquivas páginas del manuscrito que lo había acompañado en todo este asombroso trayecto.

Su mente se precipitaba en un abismo de símbolos indescifrables y desconocidos, atrapada en un frenesí de intuición exacerbada. Algo —una sombra latente en su conciencia— le susurraba que aquel código contenía un conocimiento prohibido, velado a los ojos de los no iniciados. Pero por más que se esforzaba, por más que buscaba patrones ocultos y recorría con desesperación cada línea sinuosa, el significado se deslizaba fuera de su alcance, como si las palabras se negaran a ser leídas, como si la verdad misma lo evitara.

Sabía que estaba al borde de una revelación.

Sabía que el colapso acechaba tras cada palabra que intentaba comprender.

Y, sin embargo, no lograba correr el velo que ocultaba su secreto.

Las letras, los símbolos, las imágenes... seguían tan inalcanzables e insondables como el primer día que las vio.

Como si el manuscrito lo estuviera observando desde la otra orilla del tiempo y del mundo,

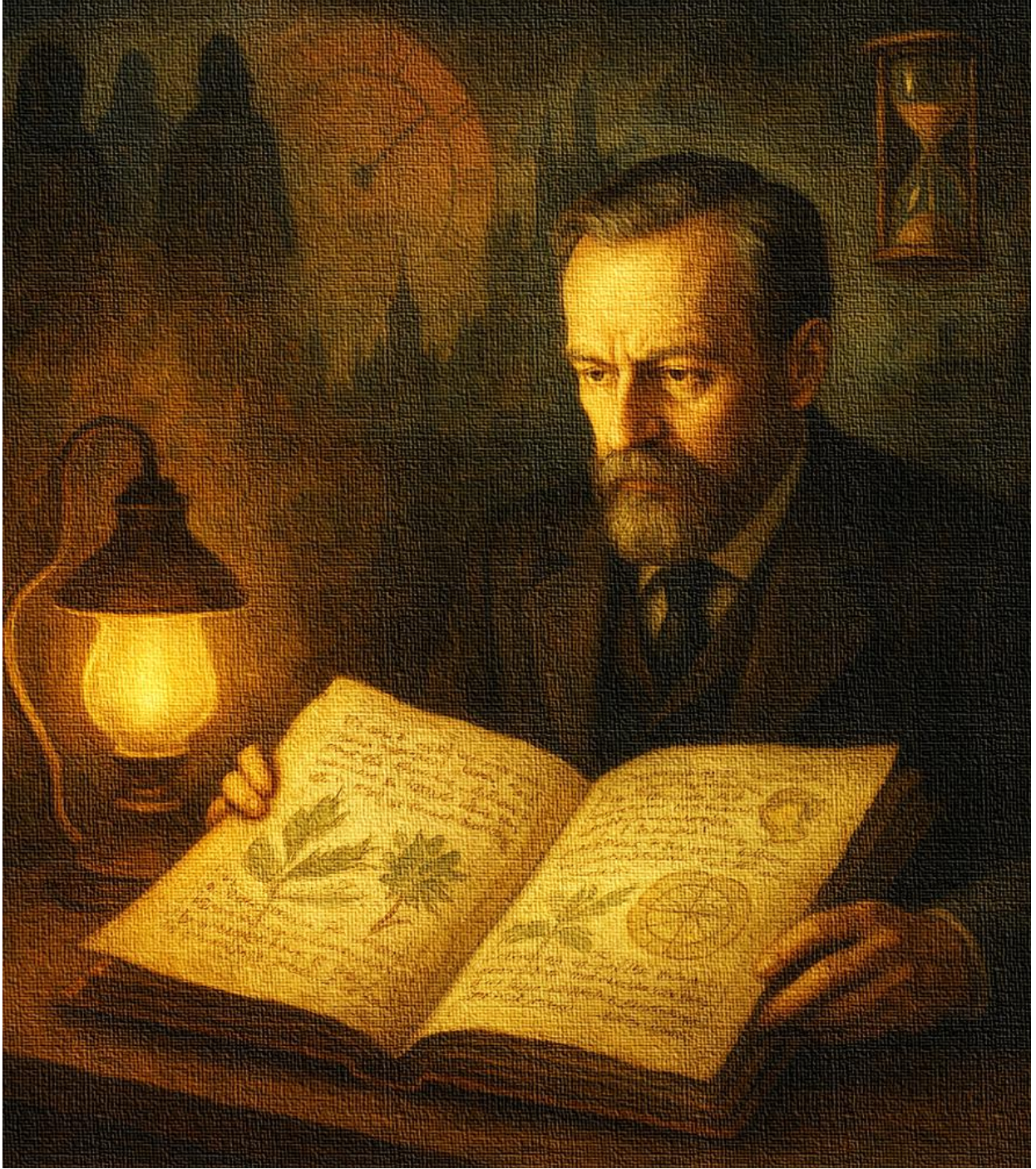
con la paciencia de aquello que existe antes y después del hombre...

El libro estaba allí.

Pero el misterio... aún permanecía fuera de su alcance.

Capítulo III

El Umbral del Tiempo



Todo conocimiento verdadero exige un precio... Cada secreto revelado es un fragmento de alma entregado. ¿Estás dispuesto a pagar el tuyo, Wilfrid?

Tercer Cántico: La Promesa del Umbral

¿Quién susurra entre los pliegues del tiempo?

¿Quién recuerda lo que aún no ha sucedido?

Todo conocimiento verdadero exige un precio.

Cada secreto revelado es un fragmento de alma entregado.

Y tú, viajero del pasado...

¿Estás dispuesto a sacrificar la luz por una verdad que solo se revela en la sombra?

El tiempo no es un camino,

sino una puerta que se abre hacia dentro.

No caminas por él: él camina por ti.

Mira bien,

porque lo que estás a punto de revivir no fue escrito en piedra,
ni sellado con tinta.

Fue susurrado en bóvedas selladas,
intercambiado entre miradas veladas,
escondido bajo votos de silencio.

Y, sin embargo, ha llegado hasta ti.

Hoy, el libro abrirá sus páginas

no para contarte lo que fue...

sino para que veas aquello que nunca debiste presenciar.

Porque todo aquel que retrocede demasiado...

corre el riesgo de encontrarse a sí mismo antes de haber nacido.

Ahora cruza el umbral, Wilfrid.

La historia aguarda...

pero no te esperara.

— *Othar el Eterno*

Londres, 1930 — Donde el Tiempo Comienza a Replegarse

Hay lugares donde el tiempo no avanza. Solo aguarda silenciosamente a ser despertado.



Las campanadas del reloj de Westminster marcaban las seis de la tarde. Afuera, la lluvia lavaba las calles como si quisiera despertar las piedras. Las plantas de un invernadero cercano temblaban, y un silencio evocador y antiguo flotaba en el aire. Lejano y persistente, el sonido reptaba por la ciudad con aquel susurro que marca el tiempo.

Se colaban entre los callejones de Trafalgar Square, rozaban los adoquines de St. James's Street, trepaban por los escaparates polvorientos de Regent Street, y descendían finalmente con un sigilo ceremonioso por la fachada del número ciento setenta y cinco de Piccadilly.

En su viaje invisible, acariciaban los mármoles gastados de Burlington Arcade, como si despertaran ecos olvidados bajo sus vitrinas, y se desvanecían lentamente en los senderos sombríos de Green Park, donde el tiempo, fatigado, parecía caminar descalzo entre los robles antiguos.

En el interior del Criterion Restaurant, a pocos pasos de allí, el eco insistente de las campanadas hacía que las cucharillas tintinearan suavemente contra las tazas de porcelana.

El sonido viajaba por el aire como un temblor antiguo, rozando los cristales, estremeciendo los manteles y deteniendo, por un instante, la conversación de los presentes.

Algunos alzaron la mirada, sin saber por qué sentían un estremecimiento leve en el pecho; otros siguieron bebiendo en silencio, como si aquella vibración —tan tenue y lejana— les hubiera tocado un recuerdo que no sabían que tenían.

Era solo un sonido, y, sin embargo, parecía venir de otra época, trayendo consigo algo que nadie se atrevía a nombrar.

Una mujer dejó caer su guante de encaje sin darse cuenta, mientras un caballero de bigote impecable se estremecía, derramando una gota de café sobre el mantel immaculado.

Las campanadas, aunque lejanas, parecían haber tocado una fibra invisible en cada alma presente:

Enlaces Web

Página web del autor: <https://sugerea.net/>

Página web Venta Libros: <https://sugerea.net/venta-libros/>

Fundación Social y Cultural Música y Arte de Colombia:
<https://musicayarte.org/>

Correo Electronico: guisugerea@gmail.com

ÍNDICE GENERAL

El Sepulcro del Escriba – Crónicas de un Libro Maldito
por *Guillermo Isaza Fiscó*

Prólogo – El Guardián del Tiempo

Donde se introduce el enigma del manuscrito y la figura de Othar el Eterno, custodio del conocimiento perdido y escriba de las eras.

Libro Primero – El Eco del Manuscrito: El Portador

La historia de Wilfrid Voynich y del código que desafió al tiempo.

Capítulo I – El Silencio de los Candelabros

El funeral de Wilfrid Voynich. Un libro imposible reposa entre sus manos. La muerte aún no ha sellado su pacto.

Capítulo II – El Cuerpo que Nunca Murió

La autopsia se deshace. El tiempo se pliega. El muerto regresa a su propia historia.

Capítulo III – El Umbral del Tiempo

En Londres, el reloj de Westminster marca el inicio del desdoblamiento. La conciencia despierta entre dos mundos.

Capítulo IV – Florencia, 1911: Donde los Libros Respiran Silencio

El encuentro entre Voynich y Lucchesi abre el camino hacia el misterio del código.

Capítulo V – Florencia, 1911 (Continuación)

El estuche con el símbolo del ojo cerrado revela la existencia de una fraternidad antigua.

Capítulo VI – Villa Mondragone, 1912: El Pacto del Silencio

Los monjes entregan el manuscrito. La Fraternitas Custodum Obscurorum sella su voto eterno.

Capítulo VII – El Legado de los Escribas

Los pergaminos, los animales simbólicos y la presencia de Othar entre los copistas revelan el origen oculto del manuscrito.

Interludio – El Vigía del Espejo

Una pausa entre mundos: Othar contempla desde el reflejo del tiempo el destino de quienes leen lo prohibido.

Capítulo VIII – El Portador y el Eco

Wilfrid comprende que su hallazgo es una llamada. La sombra del código comienza a escribirse en su alma.

Capítulo IX – El Mensajero del Silencio

Las voces del pasado y del futuro convergen. El manuscrito cobra vida.

Libro Segundo – El Código: La Voz del Escriba

El origen remoto del manuscrito y la cadena de sus guardianes a lo largo de los siglos.

Capítulo X – El Monasterio Invisible

En el norte de Italia, seis escribas trabajan en secreto bajo la guía de Matteo, el encriptador del conocimiento.

Capítulo XI – El Pergamino de las Claves

El lenguaje sellado se revela a través de símbolos y fórmulas alquímicas. Nace el mapa del Códice.

Capítulo XII – Los Portadores del Linaje

Una genealogía de sabios, monjes y alquimistas custodia la herencia del libro prohibido.

Capítulo XIII – El Fuego de Alejandría

Las páginas arden y renacen. La Hermandad adopta nuevos nombres a través de los siglos.

Capítulo XIV – Las Páginas Perdidas

Tres escribas ocultan los folios ausentes. Otros dos sellan su destino en sueños.

Capítulo XV – La Vigilia de los Traductores

Desde el velorio de Voynich hasta su donación a Yale, los intentos de traducción revelan más que el texto: revelan el alma humana.

Capítulo XVI – Los Traductores del Silencio

Newbold, Brumbaugh, Tiltman y Strong dialogan con las sombras. Los escribas antiguos les susurran desde el otro lado.

Capítulo XVII – La Última Traducción

La conciencia del código se proyecta en quienes lo leen. Cada intento de comprenderlo lo transforma.

Capítulo XVIII – Donde el Códice da su Último Latido

El manuscrito desaparece. El pasado y el futuro se funden en un último resplandor.

Capítulo XIX – Nueva York, 1930: El Ritual del Retorno

El ataúd vacío. La pluma del cuervo. El Ojo se abre. La ciudad respira un sueño que jamás le perteneció.

Epílogo – Donde el Libro Decide Quién Puede Leerlo

El código elige a su lector. Solo quienes lo han soñado pueden comprenderlo.

Nota del Autor

Reflexión sobre la génesis, propósito y resonancia simbólica de la obra.

Othar el Eterno – Custodio de los Ecos

Breve tratado sobre la figura inmortal que vela la escritura del mundo.

Agradecimiento

Breve tratado sobre quienes hicieron posible que esta historia respirara.

Copia de cortesía – VISITAME - <https://sugerea.net/venta-libros/>